Regeneración.

Semanal revolucionario.

Núm. 4.

EN MEXICO:
Por un año..$5.00 moneda mexicana
Por 6 meses..$2.50 moneda mexicana

EDITOR: Anselmo L. Figueroa
519½ E. 4th St., Los Angeles, Cal., U. S. A.
Sábado 24 de Septiembre de 1910

EN LOS ESTADOS UNIDOS:
Por un año.....$2.00, oro
Por seis meses.....$1.10, oro
Por tres meses.....$.60, oro

Precio del Ejemplar:
5 CTS., ORO.
10 Cts., Moneda Mexicana.

La Inconveniencia de la Gratitud

Los abusos de los poderosos, las miserias del pueblo, las injusticias que sangran la espalda de los oprimidos, el hambre y la explotación que fabrican ancianidades prematuras y prostituciones dolientes llaman un día á la puerta de la sensibilidad de un hombre fuerte y justo; sus sueños de libertad se vuelven deseos vehementísimos; sus aspiraciones de mejoramiento social erectan sus energías convirtiendo en acción el idealismo, y, ese individuo, temperamento preparado para las grandes luchas, se levanta como guerrero, apóstol ó filósofo, á veces reuniendo á los tres en su persona, y, brega, batalla, lucha con la fuerza del cerebro y del puño: hasta perecer ó conquistar la victoria de su causa: perece o alcanza la victoria ayudado de otros hombres como él determinados á las grandes luchas por los grandes ideales. Si lo primero, ó pasa á la sombra como un olvidado ó el fetiquismo de las masas lo sienta en el ridículo pedestal de los ídolos. Si lo segundo, si sobrevive al triunfo, la admiración y el agradecimiento de las multitudes desvían sus tendencias justicieras, lo instituyen árbitro de los destinos públicos y acaban por transformarlo en glorioso tirano. La gratitud de los pueblos es la más fecunda creadora de despotismos. Malea los hombres buenos y abre el camino del poder á los ambiciosos.

Trabajadores recios, luchadores constantes y desinteresados socavan la base granítica de una fortaleza que siembra el terror y la muerte sobre las llanadas que gimen á su pie; la mole cruje, se extremece; los sillares se agrietan, la ruina del gigante se anuncia más y más próxima á cada golpe de zapa; va á caer, pero, los cavadores de aquel cimiento estan débiles, sus manos sangran, sus frentes chorrean sudor, la fatiga amenaza reventar sus pechos; detiénense un segundo para preparar el final impulso, el decisivo, el que abatirá al monstruo que vacila á la orilla de su tumba: es el momento propicio del oportunismo ambicioso; disfrazado de redentor y de héroe surge un hombre del montón de espectadores que se burlaron de aquella obra ó la estorbaron cuanto pudieron antes de verla próxima á terminar y da el último picazo que le conquista la gratitud general, que hace de los escombros del viejo despotismo el trono del nuevo, que se encumbra con el libertador por cálculo político. Al calor de una libertad fugaz se forjan nuevas cadenas. Agustín de Iturbide es un ejemplo típico del redentor oportunista.

En los dos casos; en el del hombre sincero que lucha por la satisfacción de sus propias aspiraciones de justicia, que busca la felicidad de él mismo en el bienestar de quienes le rodean, y en el del individuo convertido en héroe y salvador por mero oportunismo utilitario, la gratitud del pueblo es inmotivada y sin razón plausible que la justifique. Hay acciones merecedoras de estimación, pero no de agradecimiento. La gratitud nace de una suposicion falsa, origen también de la inícua justicia autoritaria; la suposición del libre albedrío en los individuous. Y resulta inconveniente en sus manifestaciones, ocupando lugar principalísimo, entre las causas de la esclavitud. Ella hace que las naciones paguen muchas veces una libertad ilusoria con la pérdida de sus derechos y libertades verdaderas, y que encaramen tontamente sobre sus hombros todavía llagados por el azote de un señor derribado, el poderío tiránico de sus libertadores, que desde ese momento dejan de serlo y asumen el papel de compradores de esclavos; no importa que la moneda con que se hizo la transacción haya sido la de sus padecimientos y su sangre.

Y lo que es la gratitud para los pueblos es también para los individuos: cuerda que ata más fuerte que del la del temor y parálisis que hace desfallecer el brazo del derecho; mordaza en la boca de la justicia y barrera para la serena crítica que es el génesis de todas las reformas.

La gratitud es una flor de servilismo; el libertario la rechaza porque tiene olores de ergástula.

La admiración, que es una gran recluta dora de rebaños, ayuda á la gratitud, que es una gran forjadora de cadenas, á perpetuar los yugos.

Los pueblos no deben gratitud á sus libertadores como no deben amor á sus tiranos.

PRAXEDIS G. GUERRERO.

Grandiosa Fiesta Proletaria

No de otro modo puede titularse la fiesta organizada por los obreros mexicanos de esta ciudad y que tuvo lugar en el Simpson Auditorium la noche del 16 de este mes. Allí se reunieron, los obreros emancipados, los obreros conscientes, los que saben que tienen derecho á algo mas que las limosnas que les dan los patrones con el nombre de salario.

Satisfacción y entusiasmo se sentía al ver el amplio local de la fiesta ocupado por unos dos mil mexicanos trabajadores y no pocos americanos. El elemento femenino asistió en gran número contribuyendo con su presencia á dar mayor realce y significación á la gran fiesta.

En todos los rostros podía notarse el entusiasmo que produce el convencimiento de que se está entre hermanos. Y hermanos éramos todos los allí reunidos: hermanos en ideales, hermanos en aspiraciones, hermanos en esperanzas. En la mente de todos estaba el recuerdo de aquel país en que nacimos, en que nacieron nuestros padres y donde tal vez al presente lloran nuestra ausencia que puede ser eterna un padre ó una madre ancianos ó la compañera, la hermana, la hija ó los amigos predilectos. Todos nos acordábamos de México, la bella tierra codiciada por todos los aventureros que llegan á esta a arrojarnos á puntapies. Todos nos acordábamos de aquel cielo hermoso bajo el cual nacimos y que algunos de nosotros tal vez nunca volverán á ver. Todos nos acordábamos también de la humillante situación en que se encuentran allá nuestros paisanos y nuestros puños se crispaban al pensar en el bandido que por mas de treinta y cuatro años ha pisoteado nuestra raza, la ha vejado, la ha degradado, la ha hecho sudar sangre. Y con la imaginación veíamos un eterno porvenir de oprobio y de verguenza; nos veíamos al fin, en el último peldaño de la degradación y de la miseria moral, vagar sin rumbo fijo, expulsados de la tierra que nos vió nacer, recibiendo bajo otros cielos desprecios y escupitajos como justo castigo á nuestra cobardía por no haber empuñado las armas libertarias cuando aun era tiempo de salvar el honor y el porvenir de nuestros hijos.

Enmedio de una animación creciente por minutos, se dió comienzo al desempeño del Programa de la fiesta. La orquesta ejecutó una obertura bellísima y en seguida hizo uso de la palabra Ricardo Flores Magón, cuyo discurso puede verse en otra parte de este número de REGENERACION. Hablaron también la Srita. María Escárcega, el niño Melquisidec Ortega y los compañeros Juan Nieto, Valente Morales y Antonio I. Villarreal, siendo muy aplaudidos sus discursos. La Srita. Violeta McMartin deleitó dos veces al auditorio con las dulces notas de su privilegiada garganta. La Sra. Anita G. de Rosas dijo con brio un bellísimo discurso que fué aplaudido con delirante entusiasmo. Julio Mancillas y un compañero Centroamericano, cuyo nombre sentimos no recordar, inflamaron al auditorio con su alabra vehemente. La Sra. Mercedes S. viuda de Díaz y su simpática hijita Eureka recitaron llenas de emoción unas poesías alusivas al acto. John Kenneth Turner, el gran amigo de los mexicanos, habló en inglés y su discurso produjo sensación por su valentía y sinceridad. Félix Vivas, un viejo veterano del gran movimiento internacional obrero enarboló la bandera roja, la bandera de los oprimidos de la tierra, la bandera querida que amamos todos los desheredados de la fortuna, la simbólica bandera que en no lejano día veremos ondear orgullosa y victoriosa. A la vista de ese lábaro de redención, de todos los pechos se escapó un viva, viva formidable á la Revolución Social. Los hombres aplaudían y lanzaban vivas; las mujeres agitaban sus pañuelos; las madres levantaban á sus hijitos para que saludasen también aquella enseña querida cuyo rojo representa la sangre del proletariado universal. Y mientras el compañero Vivas agitaba la bandera, un grupo de obreros subió al foro y entonó enmedio de un huracán de aplausos y de aclamaciones á la Revolución, el Himno Internacional de los Trabajadores que por primera vez es cantado por mexicanos.

La fiesta fué un éxito, éxito grandioso, éxito en verdad no soñado. La fiesta fue un éxito, porque realmente no creíamos que la Revolución tuviese tantos partidarios convencidos. La totalidad de los asistentes á la gran fiesta de los trabajadores mexicanos eran obreros conscientes; hombres emancipados ya de la nefunda educación burguesa. Fué una fiesta esencialmente revolucionaria y de una significación inmensa. Por fin abre los ojos el mexicano, por fin piensa, por fin comprende que como trabajador tiene derecho á percibir el producto total de lo que hace y que el patrón no tiene el menor derecho para cogerse lo que produce el obrero. Todos los mexicanos allí presentes se daban cuenta exacta de que México gime bajo el más ultrajante de los despotismos, y cuando los oradores hablaban del supremo recurso de la rebelión armada para cambiar las condiciones existentes en aquel país, no había mano que no aplaudiese, no había garganta que no lanzase el grito vigorizante de viva la Revolución. Los mueras á Díaz, al viejo perverso, loco ya de pavor ante el avance de la Revolución, atronaban a cada instante el espacio.

Presidió la fiesta nuestro compañero Lázaro Gutiérrez de Lara.

Con fiestas de esta clase se dignifica el pueblo. Con fiestas de esta clase, se siente uno rejuvenecido, fortalecido, porque se ve que no son inútiles los sacrificios, porque se ve cuán grande es el poder de la propaganda, y porque se ve, también, que el pueblo mexicano se apresta á tomar parte en la gran lucha del porvenir.

Un hermoso grupo de niñas mexicanas, bajo la hábil dirección del notable filarmónico Profesor Justo Avalos, entonó, para cerrar la fiesta, el Himno Nacional Mexicano que todos los concurrentes escucharon, de pie. El compañero Avalos y las niñas recibieron una entusiasta ovación.

Ni una nota discordante hubo en esta gran festividad. Todos estaban unánimes en condenar el despotismo de Díaz y la tiranía del Capital.

Va en estas líneas nuestro apaluso al pueblo mexicano porque al fin despierta y quiere recuperar sus libertades y su bienestar por el único medio: el de la Revolución.

A LA MUJER

Compañeras: la catástrofe está enmarcha, airados los ojos, el rojo pelo al aire, nerviosas las manos prontas á llamar á las puertas de la Patria. Esperémosla con serenidad. Ella, aunque trae en su seno la muerte, es nuncio de vida, es heraldo de esperanza. Destruirá y creara al mismo tiempo; derribará y construirá. Sus puños son los puños formidables del pueblo en rebelión. No trae rosas ni caricias: trae un hacha y una tea.

Interrumpiendo el milenario festín de los satisfechos la sedición levanta la cabeza, y la frase de Baltasar se ha convertido con los tiempos en un puño crispado suspendido sobre la cabeza de las llamadas clases directoras.

La catástrofe está en marcha. Su tea producirá el incendio en que arderán el privilegio y la injusticia. Compañeras, no temáis la catástrofe. Vosotras constituís la mitad de la especie humana, y, lo que afecta á esté, afeata á vosotras como parte integrante de la humanidad. Si el hombre es esclavo, vosotras lo sois también. La cadena no reconoce sexos; la infamia que averguenza al hombre os infama de igual modo á vosotras. No podéis sustraeros á la verguenza de la opresión; la misma garra que acogota al hombre os extrangula á vosotras.

Necesario es, pues, ser solidarios en la gran contienda por la libertad y la felicidad. ¿Sois madres? ¿Sois esposas? ¿Sois hermanas? Sois hijas? Vuestro deber es ayudar al hombre; estar con él cuando vacila para animarlo; volar á su lado cuando sufre para endulzar su pena y reír y cantar con él cuando el triunfo sonríe. ¿Que no entendéis de política? No es esta una cuestión de política: es una cuestión de vida ó muerte. La cadena del hombre es la vu stra ¡ay! y tal vez más pesada y más negra y más infamante es la vuestra. ¿Sois obrera? Por el solo hecho de ser mujer se os paga menos que al hombre y se os hace trabajar más; tenéis que sufrir las impertinencias del capataz ó del amo, y, si además sois bonita, los amos asediarán vuestra virtud, os cercarán, os estrecharán á que les déis vuestro corazón, y si flaqueáis, os lo robarán con la misma cobardía con que os roban el producto de vuestro trabajo.

Bajo el imperio de la injusticia social en que se pudre la humanidad, la existencia de la mujer oscila en el campo mezquino de su destino, cuyas fronteras se pierden en las negruras de la fatiga y el hambre ó en las tinieblas del matrimonio y la prostitución.

Es necesario estudiar, es preciso ver, es indispensable, escudriñar página por página de ese sombrio libro que se llama la Vida, agrio zarzal que desgarra las carnes del rebaño humano, para darse cuenta exacta de la participación de la mujer en el universal dolor.

El infortunio de la mujer es tan antiguo que su origen se pierde en la penumbra de la leyenda. En la infancia de la humanidad se consideraba como una desgracia para la tribu el nacimiento de una niña. La mujer labraba la tierra, traía leña del bosque y agua del arroyo, cuidaba el ganado, ordeñaba las vacas y las cabras, construía la choza, hacía las telas para los vestidos, cocinaba la comida, cuidaba los enfermos y los niños. Los trabajos más sucios eran desempeñados por la mujer. Si se moría de fatiga un buey, la mujer ocupaba su lugar arrastrando el arado, y cuando la guerra estallaba entre dos tribus enemigas, la mujer cambiaba de dueño, pero continuaba bajo el látigo del nuevo amo desempeñando sus funciones de bestia de carga.

Más tarde, bajo la influencia de la civilización griega, la mujer subió un peldaño en la consideración de los hombres. Ya no era la bestia de carga del clan primitivo ni hacía la vida claustral de las sociedades del Oriente; su papel entonces fué el de productora de ciudadanos para la patria, si pertenecía á una familia libre, ó de siervos para la gleba si su condición era de ilota.

El cristianismo vino después á agravar la situación de la mujer con el desprecio á la carne. Los grandes padres de la Iglesia fulminaron los rayos de su cólera contra las gracias femeninas y San Agustín, Santo Tomás y otros santos ante cuyas imágenes se arrodillan ahora las pobres mujeres, llamaron á la mujer hija del demonio, vaso de impureza, y la condenaron á sufrir las torturas del Infierno.

La condición de la mujer en este Siglo varía según su categoría social; pero á pesar de la dulcificación de las costumbres, á pesar de los progresos de la filosofía, la mujer sigue subordinada al hombre por la tradición y por la ley. Eterna menor de edad, la ley la pone bajo la tutela del esposo; no puede votar ni ser votada y para poder celebrar contratos civiles forzoso es que cuente con bienes de fortuna.

En todos los tiempos la mujer ha sido considerada como un ser inferior al hombre, no solo por la ley sino también por la costumbre y á ese erróneo é injusto concepto se debe el infortunio que sufre desde que la humanidad se diferenciaba apenas de la fauna primitiva por el uso del fuego y el hacha de silex.

Humillada, menospreciada, atada con las fuertas ligaduras de la tradición al potro de una inferioridad irracional, familiarizada por el fraile con los negocios del cielo, pero totalmente ignorante de los problemas de la tierra, la mujer se encuentra de improviso envuelta en el torbellino de la actividad industrial que necesita brazos, brazos baratos sobre todo para hacer frente á la competencia provocada por la voracidad de los príncipes del dinero y echa garra de ella, aprovechando la circunstancia de que no está educada como el hombre para la guerra industrial, no está organizada con las de su clase para luchar con sus hermanos los trabajadores contra las rapacidades del Capital.

A esto se debe que la mujer, aun trabajando más que el hombre gana menos y que, la miseria y el maltrato y el desprecio sean hoy como lo fueron ayer los frutos amargos que recoge por toda una existencia de sacrificio. El salario de la mujer es tan mezquino que con frecuencia tiene que prostituirse para poder sostener á los suyos cuando en el mercado matrimonial no encuentra un hombre que la haga su esposa, otra especie de prostitución sancionada por la ley y autorizada por un funcionario público, porque prostitución es, y no otra cosa, el matrimonio, cuando la mujer se casa sin que intervenga para nada el amor, sino solo el propósito de encontrar un hombre que la mantenga, esto es, vende su cuerpo por la comida exactamente como lo practica la mujer perdida, siendo esto lo que ocurre en la mayoría de los matrimonios.

¿Y que podría decirse del inmenso ejército de las mujeres que no encuentran esposo? La carestía creciente de los artículos de primera necesidad, el abaratamiento cada vez mas inquietante del precio del trabajo humano como resultado del perfeccionamiento de la maquinaria, unido todo á las exigencias cada vez más grandes que crea el medio moderno, incapacitan al hombre económicamente á echar sobre sí una carga más: la manutención de una familia. La institución del servicio militar obligatorio que arranca del seno de la sociedad á un gran número de varones fuertes y jóvenes, merma también la oferta masculina en el mercado matrimonial. Las emigraciones de trabajadores provocadas por diversos fenómenos económicos ó políticos acaban por reducir todavía más el número de hombres capacitados para contraer matrimonio. El alcoholismo, el juego y otros vicios y diversas enfermedades reducen aún más la cifra de los candidatos al matrimonio. Resulta de esto que el número de hombres, aptos para contraer matrimonio es reducidísimo y que, como una consecuencia, el número de solteras sea alarmante y como su situación es angustiosa, la prostitución engrosa cada vez más sus filas y la raza humana degenera por el envilecimiento del cuerpo y del espíritu.

Compañeras: este es el cuadro espantoso que ofrecen las modernas sociedades. Por este cuadro veis que hombres y mujeres sufren por igual la tiranía de un ambiente político y social que está en completo desacuerdo con los progresos de la civilización y las conquistas de la filosofía. En los momentos de angustia, dejad de elevar vuestros bellos ojos al cielo; ahí están aquellos que más han contribuido á hacer de vosotras la eterna esclava. El remedio esta aquí, en la tierra, y es la Rebelión.

Haced que vuestros esposos, vuestros hermanos, vuestros padres, vuestros hijos y vuestros amigos tomen el fusil. A quien se niegue á empuñar un arma contra la opresión, escupidle el rostro.

La catástrofe está en marcha. Jiménez y Acayucan, Palomas, Viesca Las Vacas y Valladolid son las primeras rachas de su aliento formidable. Paradoja trágica, la libertad, que es vida, se conquista repartiendo la muerte.

RICARDO FLORES MAGON.

Episodios Revolucionarios

PALOMAS

Este capítulo de historia libertaria debería llamarse: FRANCISCO MANRIQUE; debería llevar el nombre de aquel joven casi niño muerto por las balas de la tiranía el 1° de Julio de 1908 en el poblacho fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semi desconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

. . . . . .

Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario. Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar la Revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

Había brillado ya el alba roja de Las Vacas y Viesca, evacuada por la Revolución, retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros bandidos, cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó, con un puñado de cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas á toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercibido á recibirlo con incontables elementos de resistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que hunde su tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estrategico adoptado, pero convenia atemorizar á los rurales y guardas fiscales que lo guarnecían para cruzar el desierto sin ser molestados por su vigilancia.

En el camino los hilos telegráficos fueron cayendo cortados de trecho en trecho.

Las carabinas empuñadas y listas á disparar, los sombreros echados hacia atrás, el paso cauteloso y á la vez firme, el oido atento á todos los sonidos y el ceño violentado para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas á ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales obligando á los hombres del lugar á tomar las armas se habian encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos á la espalda, tranquilizando de paso á las mujeres explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron con los fogonazos de los fusiles el número de sus defensores. Adentro había el doble ó más hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Winchester, y las bombas que hubieran resuelto en pocos segundos la situación resultaron demasiado pequeñas.

Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel batiéndose á pecho descubierto y á dos pasos de las traidoras aspilleras que escupían plomo y acero cayó mortalmente herido. a lucha continuó; las balas siguieron silbando de alto abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol y Pancho palidecía también invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiendo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsaba.....

Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión á todos los lugares que se pudiera.

La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

Pancho desmayado parecía haber muerto.

El interés de la Causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Le interrogaron y tuvo la serenidad de contestar á todo procurando con sus palabras ayudar indirectamente á sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcidamente que si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quienes le acompañaron procuraría aniquilarlos si la Revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres; nada que sirviese á la tiranía.

Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad ó adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal, á las veces ruda pero siempre sincera. Y, él, que habría desdeñado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un nombre convencional, Otilio Madrid, para salvar á la Revolución y á sus compañeros.

Conocí á Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en el mismo banco. Después, en la adolescencia peregrinamos juntos á través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la Revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades: era un joven profundamente bueno á pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad.

Pancho renunció el empleo que tuvo en el ramo de Hacienda en el Estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual sacrificó su existencia tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo domeñar con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre renunció la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del gobierno se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y altiva. Era un rebelde del tipo moral de Bakounini: la acción y el idealismo se amalgamaban armoniosamente en su cerebro. Dondequiera que la Revolución necesitaba de su actividad allá iba él, hubiera ó no dinero, porque sabía abrirse camino á fuerza de astucia, de energía y de sacrificios.

Ese fué el Otilio Madrid, á quien llamaron el cabecilla de los bandidos de Palomas. Ese fué el hombre que vivió para la verdad y espiró envuelto en una mentira sublime y en cuyos labios pálidos palpitaron en el último minuto dos nombres: el de su madre querida y el mío, el de su hermano, que todavía vive para hacer justicia á su memoria y continuar la lucha en que él derramó su sangre; que vive para apostrofar al pasivismo de un pueblo con la heróica y juvenil silueta del sacrificado de Palomas....

¿Cuantos fueron los hombres del gobierno que perecieron en este combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

La naturaleza se alió al despotismo. El Grupo fué vencido por esa terrible amazona del desierto: La Sed; llama que abraza, serpiente que extrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médanos.....Ni el sable, ni el fusil .....La Sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía.....Y, á lo lejos el miraje del lago cristalino riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina impotente para batir á la fiera amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo.

PRAXEDIS G. GUERRERO.